

Crítica de teatro

Lo airado y lo grotesco, en «El botín», de Joe Orton

«El botín». Autor: Joe Orton. Dirección: Jesús Cracio. Intérpretes: Jaime Blanch, Lola Baldrich, Tomás Gayo, Julio Escalada, Ana Goya y Francisco Piquer. Teatro Reina Victoria.

Treinta y dos años después de haber sido escrita, llega al escenario del Reina Victoria la comedia de Joe Orton «El botín». El autor, un desconocido en España, ha muerto prematuramente, joven, tras una vida oscura. Jesús Cracio, un director lleno de personalidad, propone ahora esta obra cargada de pasado y, aun así, actual.

Cuando en las escenas iniciales de «El botín» un tipo que dice llamarse Truscoff llega a un a casa en la que una familia se encuentra en apuros en torno al cadáver rodeado de flores, de una señora de la familia, el espectador avisado tiene la penosa impresión de estar ante lo «deja vu», que dicen los franceses; de lo ya visto. En efecto, otro dramaturgo británico, John Priestley, se nos planta en el huerto de la memoria con su drama «Llama un inspector» («An inspector calls»).

La ira

Estamos de pronto, en 1947. Truscoff es, otra vez, aquél misterioso inspector de Priestley, pero rebajado por la ironía, por el humor, por una voluntad de caricatura que quita trascendencia al personaje.

En dieciocho años la situación de Orton se ha distanciado de la situación de Priestley por la aparición de un nuevo ingrediente en la construcción de los temas dramáticos: la ira. Orton es un autor airado. Priestley era, en cierto modo, un pensador crítico, un espectador filosofante. Imparcial.

El inspector Truscoff llega a esa casa movido por una intuición que no será explicada. Sabe, intuye que en el hogar de esa familia se ha cometido un delito muy grave y para investigarlo y justificar su autoritarismo, se dice ser el inspector de un servicio municipal relativo al suministro de agua.

Retrato de familia

La caricatura está servida y lo que la sazona es la ira. Orton es, pues, cuando escribe en 1965, un joven autor airado, como está entonces de moda. Así resulta que los miembros de esa familia no se quieren. El asesinato de la madre no les emociona a los hijos. Sólo perturba, rompe la placidez acostumbrada, del padre, del marido, del viudo.

El retrato de esa familia es al mismo tiempo cruel y grotesco. Nada de lo que sucede sería creíble si no lo adobara el ingrediente satírico. Todos los parientes son unos pequeños monstruos a los que mueven por una parte la codicia, pues todos aspiran a apoderarse del botín de un robo grandioso que uno de ellos ha realizado y, por otra parte, la voluntad de librarse, como sea, del molesto cadáver de la muerta.

El entonces todavía joven autor Orton, no sólo era un hombre sexualmente complicado,

era una imaginación complicada y llena de fuerza constructiva, de capacidad de promover en lo trágico lo ridículo, de convertir en motivo de risa lo que debería ser motivo de horror, de terror.

La acción resulta trepidante. Todos estos personajes, desde el inspector al cabeza de familia son monstruos grotescos. La ira del autor aniquila toda idea de que la familia pueda ser una manera de orden sazonada por el amor. El resultado es una airada sucesión de carcajadas, mientras el cadáver pasa de los armarios a los sillones.

Y esos personajes, condicionados por débiles nociónes religiosas de cualquiera de las muchas doctrinas que dividen a los británicos, alteran rápidamente las situaciones logrando que la crueldad, la ira contra una organización familiar abofeteada, aniquile a un mundo social y moral que Orton, autor airado, desprecia.

Jesús Cracio ha organizado con mano ligera esa cascada de situaciones sorprendentes, ridículas, grotescas, llenas de ira teatral que se mueve agilmente en un escenario realista provisto de todos los escondrijos necesarios para que lo vodevilés enmarcado en lo ridículo funcione perfectamente. Jaime Blanch ha llegado a un momento de madurez que le permite dominar en todo momento el cuadro de grotescas contradicciones de ese inspector que resulta ser tan inmoral, tan corrupto, como los inmorales parientes a los que acosa.

Estampa truculenta

Nadie es bueno, luego esa sociedad está prohibida y lo lógico en ella es que el delincuente triunfe y el inocente sea castigado. Francisco Piquer hace un contrito padre siempre en su sitio cómico-dramático. Tomás Gayo acierta sereno, dominante, un Harold lleno de cinismo y si Lola Baldrich acierta a estar bonita y pícara, como hermosa asesina de maridos, Escalada y Ana Goya redondean ese conjunto de refinados malísimos que completan un tono interpretativo acertado en no pasarse ni quedarse corto hasta desembocar en la airadísima solución del conflicto grotesco dejándolo en su valor condenatorio, sarcástico, grotesco que hace de «El botín» una estampa truculenta de una humanidad incurable que haciéndonos reír nos convierte en cómplices.

El talento de Joe Orton es evidente. Su osadía para cambiar de sustancia teatral una situación no original sino recibida nos hace reconocer que la mala vida del escritor y su apresurada muerte, privaron al teatro británico de algunas aportaciones dignas del movimiento creador de éste en la segunda mitad de este siglo.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO

«Tragedia Mix», risueña reflexión sobre el teatro

Título: «Tragedia Mix». Autor: Blas Maza. Dirección: Antonio Molero. Vestuario: Carolina Góriz. Música: Mariano Marín. Iluminación: Adolfo Pastor. Compañía: Teatro del Paso. Intérpretes: Blanca Nicolás y Raquel Gribler. Sala Triángulo.

Teatro dentro del teatro, teatro sobre teatro, lo que en la jerga técnica de la cosa suele denominarse metateatro, una fórmula casi convertida en género y que cuenta con ilustres ejemplos, desde «Un drama nuevo» de Tamayo y Baus al vertiginoso y vodevilés «Por delante y por detrás» del británico Michael Frayn que la temporada pasada pudo verse en Madrid. El teatro, que suele ser calificado de espejo de la sociedad, se mira en este caso en el espejo de sí mismo y sigue reflejando un viejo tema: el ser humano.

En esta línea, «Tragedia Mix» es, digamos, una vuelta de tuerca metateatral en clave cómica. Tras recalcar en diversos puertos de los mares alternativos, atraca ahora en las funciones de madrugada de la sala Triángulo esta farsa sobre un par de actrices embarcadas en el montaje de una pieza clásica. Si se me permite la autocita, cuando reseñé en las páginas del ABC del Ocio su representación en la sala El Montacargas, señalaba que, ceñida la clálide y calzado el coturno, las actrices rinden tributo a Melpómene con un texto en el que se mascan la tragedia y las esdrújulas. Una voz en «off» introduce las cortas escenas de la obra, desarrolladas en dos planos: entre bastidores y en el escenario. Así, el público ve cómo las intérpretes se preparan, presencia sus peculiares ejercicios de relajación y el catálogo de manías y pequeñas supersticiones que despliegan antes de salir a escena, y asiste a un fragmento de función donde una blande la daga sacrificial y la otra hace de muerta.

Humor y vivencias escénicas que podrían hacer suyas cualquier actor se mezclan con anécdotas sobre la improvisación obligada, las representaciones sin público, los instantes en blanco... y un como homenaje final a «Eva al desnudo» de Mankiewicz –donde Anne Baxter, ¿recuerdan?, era más bicha que la mismísima Bette Davis– en el que la actriz «muerta» demuestra ser la más viva. Blas Maza sedimenta en sus textos un ramillete de peripecias y experiencias en las que se reconoce la gente de «la profesión» –esa maravillosa y egomaniaca grey del teatro– y que hacen reír al público en general. Antonio Molero dirige aseadamente este espectáculo tan fresco como modesto servido divertida y eficazmente por Blanca Nicolás y Raquel Gribler.

Juan Ignacio GARCÍA GARCÓN

VENDA SU COCHE SOBRE LA MARCHA

A toda velocidad. Poniendo su anuncio por palabras en ABC. Anúnciese y su venta irá sobre ruedas.



ANUNCIOS POR PALABRAS

ABC